

Copyright © Dejan Tiago Stanković 2015
Copyright © ovog izdanja Kontrast izdavaštvo 2019
Copyright © ovog prevoda Miguel Rodriguez Andreu 2019

Za izdavača:
Vladimir Manigoda

Urednica:
Jelena Nidžović

Prevod:
Miguel Roán

Korektura:
Isabel Leal

Dizajn korica:
Jelena Jaćimović

Prelom:
Anica Lapčević

Štampa:
F.U.K. d.o.o.

Tiraž:
1200

Ovaj projekat je realizovan uz podršku Evropske komisije.



Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

DEJAN TIAGO STANKOVIĆ

ESTORIL

UNA NOVELA DE GUERRA

Traducción

Miguel Roán



KONTRAST
Beograd, 2019.

LOS AÑOS DORADOS DE LA «RIVIERA»

El asunto de los micrófonos misteriosos salió a la luz por primera vez a mediados de los años 80 del siglo pasado, cuando el Hotel Palácio Estoril fue renovado por completo y ampliado dos pisos más. En el interior del edificio, según afirmaban los periodistas de la época, se encontraron y desmontaron tantos cables ocultos que estos podrían dar la vuelta entera al planeta Tierra y aún sobraría cableado. Nadie sabía quién los había escondido debajo de las alfombras, detrás de los rodapiés y del papel pintado, quién había instalado todas esas conexiones ni cuál era su propósito, pero se sospechaba que se trataba de sistemas de escucha utilizados durante la Segunda Guerra Mundial y olvidados mucho tiempo atrás.

El señor Black, antiguo director del Hotel Palácio, fue consultado sobre este asunto. Él afirmaba que nunca había oído hablar de esos cables, pero confesó que noticias como esta no le sorprendían en absoluto. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial corrían muchos rumores de que en Portugal y, en particular, en la zona del Estoril, actuaban varios servicios secretos y que el hotel tenía fama de ser un nido de espías, aunque nunca se supo nada más al respecto.

Le pidieron que, como testigo de la época, hablara de algún acontecimiento que le hubiera quedado grabado en la memoria. El señor Black, sin embargo, no estaba muy dispuesto a colaborar:

—Lo siento, pero no me pregunten estas cosas. Soy tan viejo que solo recuerdo lo que yo mismo me he inventado.

No estaba por la labor de decir nada más. No valía la pena intentar convencerlo, era un profesional a la antigua usanza, de moral estricta, de los que no se permitían ser indiscretos incluso en plena jubilación. Pero si, por lo que fuera, se animara a hablar

de aquellos tiempos, el señor Black seguramente escogería, entre los muchos recuerdos medio desvanecidos y borrosos de la época, aquella tarde soleada en la que conoció a Gabi.

LAS COSAS QUE ME HE INVENTADO

La guerra había irrumpido en Europa a finales del verano anterior, pero muy poco había cambiado por allí hasta casi terminada la primavera, cuando, de repente, los refugiados comenzaron a inundar Lisboa y la costa.

Nos cogieron por sorpresa. La prensa silenciaba que estuviera ocurriendo nada fuera de lo normal e, incluso, lo poco de veracidad que llegaba hasta nuestros oídos, nos inquietaba. Y no sin razón. En realidad, la crisis de refugiados —de la que nos enteraríamos más tarde—, ya se sentía con toda su magnitud y empeoraba por momentos. El estado de emergencia no fue declarado debido a la ofuscación de la dictadura portuguesa, totalmente convencida de que la verdad es siempre perjudicial, más aún cuando se hace pública. Sin embargo, el señor Black se esforzaba por hacer su rutina de trabajo, como si nada inusual estuviera sucediendo. Cuando las circunstancias lo requerían, tranquilizaba al personal repitiendo el discurso oficial del Gobierno:

—Señoras y señores, no hay motivos para preocuparse. Por favor, quédense descansando y disfruten de su estancia. ¡Todo irá bien!

Y era fácil confiar en lo que decía. Por lo que se podía observar, todo se mantenía en orden. Por otra parte, y más que nunca, Estoril recordaba a Biarritz o a Montecarlo. Lo que no dejaba de ser curioso es que nadie hubiera percibido todavía una realidad que, desde la perspectiva de hoy en día, ya en aquel momento, debía de ser más que evidente: aquellos eran los primeros días de un período breve pero glamuroso que vendría a ser denominado como «los años dorados de la Riviera».

En aquel preciso día, el director estuvo tan atareado que no logró fumarse ni un cigarrillo. Solo al final de la tarde pidió no

ser molestado, salvo en caso de emergencia, y se retiró en medio de la confusión. A solas, en su gabinete, se reclinó sobre la silla y puso las piernas sobre la mesa como si fuera un vaquero del lejano oeste. Incluso si alguien le hubiera visto repanchigarse, nadie le habría echado nada en cara. Estaba tan agotado que, de noche, en la cama, sentía como le palpitaban los pies. Por lo demás, era americano y en su cultura este tipo de comportamientos no era calificado de indecente.

Además de sus pies cansados, solo había dos cosas en el escritorio del director que merecieran la atención: una pila de periódicos y un dossier completo con los huéspedes. La intención del director era echar un vistazo a esos papeles. Pero luego desistió de aquella idea y decidió ojear el diario *República*, que ese día aún no había podido leer. La portada del periódico rezaba así: «¡El día más largo del año!». Era verdad: el reloj de la pared mostraba que eran más de las seis de la tarde y allá afuera el sol seguía brillando. Ni en ese periódico, ni en ninguno otro, logró encontrar ni una sola palabra acerca de los refugiados que, por el contrario, se podían ver por todas partes. Tampoco se decía nada sobre la posible invasión alemana o española de Portugal, como venía rumoreándose en todos los corrillos. Cuando llegó la hora de analizar los expedientes, antes de dárselos a la policía, ya no le quedaban más fuerzas.

Cerró los ojos. En la oscuridad, tras sus párpados, oía sonidos que no hubiera percibido de otra manera: el murmullo al otro lado de las paredes, los pasos en el piso superior, el lejano silbido del tren.

Alguien llamó a la puerta. El director se despertó sobresaltado y miró el reloj. Eran las seis y media. Tenía que ser algo muy urgente para que alguien se atreviera a importunarle. Se enderezó sobre la silla, se colocó el cuello y los puños de la camisa, se sacudió la caspa de los hombros y esperó a que llamaran de nuevo.

—Por favor, entre —afirmó.

Era el señor Lino, el *concierge*. Entró y con su tradicional tono lacónico comunicó la naturaleza del problema.

— Lo siento, señor director, pero me parece que se trata de un asunto delicado. Me temo que no puede resolverse sin su intervención.

Lino era un asistente experimentado y si hubiera tenido otra alternativa no habría recurrido a él. Sin embargo, situaciones como ésta, antes excepcionales, en los últimos tiempos eran cada vez más recurrentes. Era siempre lo mismo: los huéspedes pedían pagar la cuenta del hotel con objetos de valor cuyo precio había que negociar. Las decisiones solo podían ser adoptadas por el director, y su dilema era un asunto más ético que comercial. Él sabía, en cualquier caso, que sería mucho mejor cobrar en billetes en lugar de meterse en negociaciones por joyas, piezas de arte y antigüedades. Si así lo hiciera, nadie le podría acusar de nada. Pero ¿cómo iba a rechazar la hospitalidad a personas sin hogar solo por el mero hecho de no tener dinero en efectivo?

El director no tenía por qué hacer más preguntas. Pidió al huésped que entrara y que Lino se quedara para ayudarle si lo estimaba oportuno.

La oficina del director del Hotel Palácio Estoril olía a humo de cigarrillos y al aceite de cedro que da lustre a los muebles. Después de un apretón de manos, el cliente se sentó en el lugar que le fue indicado, con un vaso de limonada en la mano.

El director inició la conversación de manera convencional:

—¿En qué puedo servirle?

En un inglés fluido, con un acento extranjero similar al africano, el huésped explicó que necesitaba alojarse en el hotel en régimen de pensión completa por un espacio indeterminado de tiempo.

—¿Viaja solo? —preguntó el director.

—Solo —el huésped no parecía incomodado por la falta de discreción del director.

En ese momento, el director ya tenía información suficiente para tomar una decisión sin ninguna consideración adicional. Sin embargo, le pareció que sería buena idea comprobar los documentos del huésped. En el pasaporte belga encontró los siguientes datos personales:

«Nombre: Gavriel Franklin.

Sexo: Masculino.

Estado civil: Soltero.

Fecha y lugar de nacimiento: 23 de julio de 1930, Amberes.

Residencia permanente: Pelikaanstraat 612 b, Amberes.»

El visado de entrada portugués, que había sido tramitado y emitido en Burdeos unos días antes, llevaba la firma *Mendes*. La reserva de la habitación había sido efectuada previamente. Por lo demás, la única cuestión problemática era que el señor Franklin hasta dentro de un mes no cumpliría los diez años de edad. Es decir, el señor Franklin era un niño; un niño perdido.

El traje que llevaba puesto le hacía parecer más mayor, pero solo un vistazo era suficiente para certificar que se trataba de un menor. Tenía los ojos azules, la piel clara, pecas y una nariz chata. No aparentaba ni diez años. Su pelo estaba despeinado como un nido de pájaros, tenía dos mechones que caían a cada lado de la cara. Era algo inusual para un chico de aquella edad estar vestido con camisa blanca y un largo *rekel* jasídico de color negro. Usaba sombrero del mismo color, a juego con el conjunto, e inadecuado para la estación cálida del año en la que estábamos, pero también para el siglo XX. Sin embargo, si estuviera vestido a la moda y sin ese corte de pelo tan raro, el joven señor Franklin sería un muchacho de apariencia aceptable. Así, como estaba, y al parecer tan serio al hablar, solo le faltaba una barba postiza para ser un niño disfrazado de rabino ucraniano.

—¿El señor tiene padres? —preguntó el director.

—Todo el mundo tiene padres —respondió el joven.

—No siempre —contradijo el director. ¿Dónde se encuentran sus padres?

—Se dirigen hacia aquí —dijo el chico.

—¿Sabe para cuándo está prevista su llegada?

—Falta poco —respondió Gavriel, convencido.

Tiempo después, una persona que le llegó a conocer escribió de aquel chico de cara pálida que se encontraba más solo que un asteroide en el espacio.

—¿No tiene una idea aproximada? ¿Dentro de cuántos días? —insistió el director, que no sabía cómo tratar a los niños.

—No lo sé, pero sé que mis padres siempre cumplen con su palabra. Cuando dicen que ellos vienen, es que ellos vienen para aquí.

—Cuando dice que ellos vienen «para aquí», ¿a qué sitio se están refiriendo? —quiso saber el director .

—Hacia aquí. Al Hotel Palácio —respondió el chico.

Nunca sabremos por qué el director no terminó la conversación en ese momento, cuando tenía claro qué es lo que iba a hacer con él. Sería por curiosidad o por gentileza, tal vez por compasión o por falta de coraje, de cualquier manera el director prosiguió con las preguntas.

—Si no es indiscreción, me gustaría saber por qué sus padres no vinieron con usted.

Gavriel Franklin contó la historia pausadamente, ora en francés, ora en inglés, pero siempre mucho más articulado de lo que cabría esperar de una persona de su edad. Su testimonio encajaba perfectamente con lo que el director y el *concierge* ya habían oído a otros refugiados sobre el reciente éxodo. El muchacho no se refirió a su religión, pero estaba claro que era judío por la ropa que vestía; podría decirse que era miembro de una de esas sectas cuyos seguidores creen que la civilización alcanzó su auge hace ciento cincuenta años y que desde entonces se niegan a alterar su forma de vestir y sus costumbres.

Él dijo que era hijo único, pero no por mucho más tiempo; su madre estaba embarazada. También dijo que su padre tenía un taller de talla de piedras preciosas, negocio que había heredado de su padre. Antes de comenzar la guerra, Gavriel iba a la escuela, que estaba junto a la sinagoga, todos los días menos durante el *sabbat*. Lo suyo era la interpretación de los libros sagrados; sus tíos le decían a su padre, con sorna, que no había nacido para joyero, sino para rabino. En mayo, el día en que Bélgica fue invadida, sus padres lo sacaron de la cama de madrugada y lo llevaron, aún dormido, al coche. Solo llegó a despertarse con el ruido de los aviones de guerra mientras les sobrevolaban.

Atravesaron la frontera francesa y se dirigieron a Burdeos, de donde salían los barcos de evacuación, pero no llegaron a tiempo. El último ya había zarpado. Las tropas alemanas estaban cada vez más cerca y no tenían a dónde ir excepto al sur. El visado de entrada español fue rechazado sin ninguna justificación. Entonces llegó a sus oídos, a través de un rabino polaco, otra solución: un visado portugués les daba derecho a un período de estancia mínima en territorio español hasta que cruzaran la frontera con Portugal. Así que optaron por buscar el consulado luso.

Lo encontraron cerrado y rodeado por cientos, quizás miles, de personas que ansiaban lo mismo que ellos; sin embargo, ya hacía algún tiempo que, por órdenes superiores, los visados de entrada no se concedían a nadie. El cónsul portugués envió telegramas diarios a Lisboa, solicitando instrucciones relativas a la operación en situaciones de catástrofe humanitaria, pero el ministerio no se pronunciaba al respecto. La muchedumbre desesperada aumentaba y ansiaba que ocurriera algún milagro. Gabi y sus padres pasaron noches sin dormir dentro del coche.

Finalmente, se produjo el milagro. De la nada, el cónsul general portugués, un tal doctor Aristides de Sousa Mendes, abrió la puerta de la misión diplomática y, bajo su propia responsabilidad, ordenó que se otorgaran visados sin restricciones. Se trataba de salvar vidas humanas. Quien presentara el pasaporte recibiría

un sello y una firma. Con la conmoción, dejaron incluso de cobrar las debidas tasas legales. Así continuó la situación durante varios días, hasta que se ordenó desde Lisboa que el cónsul general fuera declarado no apto y cesado de su puesto diplomático.

Sin embargo, ya con los visados, la familia del muchacho continuó el viaje hasta la frontera franco-española, donde tuvieron que parar. El paso fronterizo, hasta entonces casi infranqueable, estaba cerrado. A petición del Gobierno portugués, las autoridades españolas comenzaron a rechazar los denominados «visados Mendes». En el lado francés de la frontera, un mar de personas aguardaba. En medio de una gran confusión, el muchacho —él mismo no sabía explicar cómo— acabó por encontrarse solo al otro lado de la frontera. Cuando se dio cuenta de que se había separado de los padres, intentó volver, pero los guardias no le dejaron pasar. No tenía el visado de entrada en Francia.

Sin saber qué hacer, se sentó sobre la maleta y se quedó a la espera. Esa noche durmió en un banco frente al puesto fronterizo. Durante la tarde siguiente, un suizo que no conocía de nada vino hacia él. Le preguntó si era Gabi, se presentó como «*herr Rikli*» y le dijo que lo había reconocido por la foto. Este hombre le dio un recado de parte de sus padres. El padre le mandaba ir a Estoril, y alojarse en el Hotel Palácio y aguardar allí hasta que él y su madre se reunieran con él. La madre pidió que le transmitiera que le quería y que no se preocupara, que iban a encontrarse con él tan pronto como fuera posible. El señor Rikli, desde España, reservó por telegrama la habitación a nombre de Gavriel Franklin y lo llevó en su coche hasta Lisboa. Allí, le ayudó a comprar el billete para que fuera en tren hasta Estoril. Desde la estación de tren, el muchacho vino a pie hasta el hotel. Después de una corta conversación con los recepcionistas, su caso fue presentado ante el director.

Habiendo hecho todas las preguntas, el director se encontró de nuevo ante la misma desagradable tesitura. Como si presintiera su malestar, el chico habló sin ser preguntado:

—No se preocupe, señor. Mis padres vienen ya. Ellos cumplen con lo que prometen.

—Por supuesto —decía el director, asintiendo con la cabeza. No tenía el coraje de decirle que la única decisión posible era no aceptar al chico entre los huéspedes. No tenía otra opción que ser firme. Un hotel no es un internado para niños. No es ni puede ser una institución adecuada para acoger a menores sin supervisión adulta. El director ya había tomado la decisión, solo faltaba verbalizarla. Pero no terminaba de pronunciarse.

Por otro lado, el muchacho no se rendía:

—No se preocupe. Tengo dinero para pagar la cuenta. Me traje conmigo 25.000 dólares. También tengo libras y francos suizos. Y diamantes pulidos; en el interior del forro —decía, mientras se palpaba su traje como si estuviera comprobando si las piedrecitas aún se encontraban en su sitio. —El dinero lo tengo en la maleta.

—¿Y dónde tiene la maleta? —preguntó el director.

—La dejé en la puerta. ¿Quiere que la traiga?

Sin embargo, el director, que ya se había levantado de la silla, abrió la puerta, cogió la maleta que allí encontró abandonada, y la trajo junto a la silla del muchacho. Después, silencioso, volvió a su lugar. El muchacho pensó que el director estaba enojado por haber abandonado la maleta afuera.

—Lo siento, me olvidé. Es la primera vez que me pasa. Estoy un poco cansado. Prometo que no volverá a ocurrir.

Detrás de la expresión serena del rostro del señor Black se escondían pensamientos contradictorios. No se puede negar refugio a un niño en semejantes circunstancias. Era como si lo mandara directamente a la muerte. ¿A dónde puede ir ese pobre chico, cargado de dinero y de piedras preciosas? Es un milagro que sobreviviera a un viaje así sin que le robaran. ¿Y si sus padres no vienen? ¿No puedo quedarme con el chico para siempre! Debe haber una solución mínimamente aceptable. Por otro lado, con tanto dinero, cualquier problema se resuelve automáticamente. ¿O no? El muchacho tenía más que suficiente para pagar un buen

internado en Suiza o América. Debe haber organizaciones judías que se ocupen de estos temas.

Puesto que el director se encontraba en dificultades, Lino vino a ayudarle. Se dirigió a él en portugués, por lo que Gabi no pudo entenderles:

—Señor director, se está haciendo tarde. Me parece mejor interrumpir aquí la conversación por hoy. Estamos muy ocupados y el niño debe estar hambriento y cansado. Mañana, si Dios quiere, se resolverá todo.

El director era consciente de lo importante que era aquel momento. Su sentido común le aconsejaba decir al niño que era solo una solución temporal, pero no era capaz de pronunciarse sin que sonara a: «si tus padres no aparecen pronto, te vas a tener que ir a un orfanato». Extendió la mano al joven cliente:

—¡Bienvenido al Hotel Palácio! Supongo que todavía no ha cenado, ¿no es así? Mi chófer, Bruno, cuidará de usted, pero antes de eso es mejor ir a la caja fuerte para que guarde sus objetos de valor.

WILKOMMEN, BIENVENUE, WELCOME

Cuando navegue por mar hasta Lisboa, justo antes de entrar en las tranquilas aguas del Tajo, verá en el lado izquierdo, al fondo, la silueta azulada de una montaña. Es la sierra de Sintra. Esta interrumpe el discurrir de las nubes que cargan con agua de lluvia. Es por eso que Estoril ofrece a sus visitantes más días de sol al año que cualquier otro balneario del Viejo Continente. Así consta, por lo menos, en el folleto de la Junta de Turismo, que se refiere a estas playas con el nombre comercial de «Costa del Sol». Es hermoso, pero se mantiene solo como nombre oficial. En el lenguaje popular nos referimos a nuestra pequeña «Riviera» como la «Costa de Estoril» o, más frecuentemente, como «La Línea».

La ladera, ligeramente ondulada, se dirige hacia el sur por encima de la bahía y va a parar a mar abierto. En ella se ubican de forma dispersa villas y casas de vacaciones de las familias ricas de la capital portuguesa, ocultas detrás de altos muros y de un bosque denso y verde. Ladera abajo siempre hace viento y las olas lavan la arena: es la playa de Tamariz, tachonada con las falanges de sombrillas, tumbonas y cabinas de lona. La orilla del mar sigue la línea de ferrocarril recientemente abierta y, paralela a ella, se encuentra la Avenida Marginal, también no hace mucho inaugurada. A la derecha, a media hora en coche, nos encontramos ya en Lisboa; a la izquierda, tan cerca que se puede ver, está Cascais.

Quien venga en tren debe apearse en la estación de Estoril. No en la de San Pedro de Estoril, no en la de San Juan de Estoril, ni siquiera en la del Monte Estoril. Quien quiera llegar al Hotel Palácio debe bajarse en aquella parada donde solo pone «Estoril». A continuación, tiene que atravesar las vías y la carretera hasta llegar a un amplio parque de forma rectangular diseñado a la francesa. En la cima del parque, entre palmeras, cipreses y ar-

bustos multicolor, encontrará la mayor atracción del balneario: el *Grand Casino Estoril*. Al lado del casino queda un edificio monumental, todo de color blanco, con filas de ventanas con hermosas vistas; unas dan al parque, otras al océano. En la parte superior de la azotea hay un gran letrero que dice: HOTEL PALÁCIO. En la época, había muchos más hoteles en Estoril, pero vamos a tratar de no hablar de ellos más de lo necesario. Y no es porque sean más pequeños o menos lujosos, cada uno de ellos merecería una película con un papel principal. En esta, el Hotel Palácio es el protagonista.

En una mañana del verano del año 1940, en el gabinete del señor Black, sonó el teléfono:

—Es el señor Cardoso, que quiere verlo —anunciaron desde la recepción.

Si fuera otra persona la que pidiera audiencia, el señor Black haría saber que estaba ocupado, y realmente lo estaba, pero en este caso en particular esa no era una opción. Si había una persona de la que no podía desentenderse sin haber un buen motivo para ello, esta era el inspector jefe Cardoso, el responsable principal de la unidad territorial de la PVDE de Estoril y de la Costa del Sol. Explicado de forma sucinta, la PVDE —la Policía de Vigilancia y Defensa del Estado— fue la institución gubernamental portuguesa dedicada a la neutralización de extremistas de todas las corrientes habidas: anarquistas, comunistas, demócratas y liberales. También la PVDE estaba a cargo de la vigilancia de los extranjeros en territorio nacional, con el fin de prevenir y eliminar cualquier y toda influencia e idea política extranjera indeseable que fuera en contra de la mentalidad y las buenas costumbres portuguesas. A pesar de ser apolítico, el señor Black era objeto de interés para el inspector, por ser extranjero y administrador de un hotel que era muy apreciado entre el público internacional. En qué consistía exactamente el trabajo del inspector Cardoso,

eso no estaba muy claro, pero, teniendo en cuenta el tiempo que diariamente pasaba en el hotel, el Hotel Palácio se encontraba en lo más alto de su lista de prioridades.

Hombre de baja estatura, el inspector jefe Cardoso tenía un aire de pequeño burócrata más que de policía con importantes competencias. Con poco pelo, y canoso, y un aspecto *demodé* pero aseado, planchado y despidiendo olor a agua de colonia, parecía más viejo de lo que realmente era. Aceptó el café y después de las habituales frases de cortesía, pasó sin más dilaciones a lo que le interesaba:

—No quería molestarle con detalles técnicos, pero es importante que sepa que no es imposible que, aún durante el día de hoy o mañana, venga a ser requerido con un requerimiento, digamos, algo especial...

En ese momento, el policía se contuvo un poco a la espera de la reacción del director, pero, como no hubo respuesta, continuó:

—Pues, puede suceder que se le solicite alojamiento para los duques de Windsor en el Hotel Palácio.

El señor Black inclinó levemente la cabeza.

—En cuanto a eso, le pediría un pequeño favor, digamos, personal, si lo prefiere...

El señor Black volvió a asentir.

—Mi petición es que no les permitirá la entrada en el hotel durante las próximas 48 horas. Espero que esto no sea mucho pedir. ¿Entiende usted?

El director parecía no haber comprendido muy bien cuál era aquella orden camuflada de solicitud cordial, por lo que quiso cerciorarse:

—¿Quiere que el hotel no reciba a los duques de Windsor? ¿Eso es lo que usted ha dicho?

—Exactamente. Que no los reciba.

—Descuide. El favor sería pedirme que los alojara. Ya hace algún tiempo que no tenemos habitaciones disponibles —dijo el americano.

—¡Aclarado! Entonces, ya está —dijo Cardoso y, con meticulosidad, escribió algo completamente ilegible en su bloc de notas. Después siguió: —Solo algunos detalles. Para hoy, hay dos reservas que querría discutir con usted. Una es para el alojamiento de siete personas a nombre del barón von Amschel; y la otra es para un almuerzo de doce personas a nombre de Gaeten —no estaba muy claro si el inspector hacía una pregunta o informaba. —Estos nombres son falsos. ¿Usted sabe de quiénes se trata?

El director inclinó la cabeza discretamente.

—Estupendo. Un poco más y ya hemos terminado por hoy —dijo entonces el inspector y sacó del bolsillo interior de la chaqueta algunas fotografías, mostrándolas sobre la mesa—. ¿Usted sabe quiénes son algunas de estas personas?

El director echó un vistazo a las fotos con cara de quien no reconoce a nadie; por lo que el inspector recurrió a una técnica más policial. Señalaba con el dedo en cada una de las fotos y enunciaba nombres:

—¿Maurice Maeterlinck? ¿El nombre no le dice nada? ¿Alma Mahler? ¿No? ¿Franz Werfel? ¿Golo y Heinrich Mann? ¿Nada? ¿Ninguno de ellos?

—Lo lamento mucho, pero no lo sé. Me encuentro diariamente con demasiadas caras y nombres como para poder quedarme con todos ellos.

—Son distinguidos ciudadanos extranjeros que en este momento están alojados en este hotel. En su mayoría escritores u otro tipo de intelectuales. El anciano, Maeterlinck, es de Bélgica. Premio Nobel. Está en la miseria. Todo su dinero quedó congelado en los bancos belgas. El joven alemán, Golo Mann, es hijo de un disidente alemán bien conocido, Thomas. Le atraen los hombres.

—¿Y?

—Nada. Solo quise decir que tenemos que lidiar con gente notable, pero también excéntrica.

—En nuestro hotel, cualquier huésped es tratado como una persona distinguida —explicó el director.

—Estos, en concreto, fueron identificados como políticamente sensibles —dijo el inspector bajando la voz—. Es por eso que le estoy avisando, no es por otro motivo. No es imposible que algunos tengan ideas de izquierdas.

—¿Cree?

—No creo. Lo sé.

—Muy bien. ¿Y entonces?

—Entonces nada. Lo sé, porque eso es parte de mi trabajo: saber de dónde viene el peligro para nuestra sociedad. Pero de eso me encargo yo. De usted solo esperamos que haga bien su parte, como siempre ha hecho. Todos los extranjeros, con independencia del lugar de donde provengan, deben disfrutar de una estancia agradable en nuestro país. Deben irse como amigos de Portugal. Sin embargo, estamos aquí para prevenir cualquier intento de abuso de nuestra hospitalidad. Seguiremos trabajando por el cuidado de los intereses portugueses. ¿Verdad?

Eso, en realidad, no era una pregunta. Aquel día la conversación fue inusualmente corta. No llegó al cuarto de hora.

*

La misma mañana, una llamada de la casa ducal de los Windsor fue trasladada a la oficina del director. Atendió la petición, agradeció el interés mostrado y les informó de que en el Hotel Palácio, por desgracia, no había habitaciones disponibles y que, sintiéndolo mucho, no podía ayudarles. Ante esta respuesta, el responsable de la comitiva de los duques pensó que el director no era consciente de con quién estaba hablando. Le recordó que se trataba del rey de Inglaterra que había abdicado, Eduardo VIII, que quería pernoctar en el palacio esa misma noche. La aclaración no sirvió de nada. El señor Black aprovechó nuevamente la oportunidad para reiterar su inmensa satisfacción porque sus altezas reales desearan quedarse en el Hotel Palácio y repitió que no tenían habitaciones disponibles, añadiendo que, si lo desea-